



Segovia. Vista parcial.

bulentas aguas del próximo Guadarrama, y tras haber corrido el segundo una cuenca llena de cavernas, donde los sabios descubrieron preciados restos prehistóricos, justificando la moderna significación etimológica, invalidadora de tantas otras precedentes, que dase a su nombre: Segovia = Sobrecuevas. No sólo la situación sino la perspectiva, de teatralidad maravillosa, es pasmo de los ojos de todo visitante al llegar a esta ciudad de la piedra dorada, que encuentra compendiada en ella la suma de prístinas manifestaciones artísticas y testimonios perdurables del desenvolvimiento vital de la raza en su devenir secular. Y aunque no ha sido todavía expresamente reconocida y unánimemente elogiada en la justa medida de sus méritos excepcionales, no faltan los que, con autoridad para ello, llámanla *ciudad-museo* y *Meca del Arte*, admirando siempre, a más de su situación y su ambiente, el conjunto de monumentos que atesora, de los diversos estilos y épocas, evocadores todos ellos de nuestro patrimonio esplendoroso de pretéritas grandezas.

Segovia es el rincón peninsular que mejor conserva el ambiente romántico e idealista evocador de lo pretérito, pareciendo no afectarle el ineluctable triunfo del torpe materialismo hedonista de la época, lo cual hace de ella uno de los burgos españoles de más genuino sabor, de carácter peculiar más marcado que nos quedan. Según ha dicho un escritor contemporáneo que condensó certeramente la intensa emoción que su visita le produjo, constitu-

ye un lindo museo donde las obras de arquitectura no se presentan alineadas en dos largas filas, como en las ciudades modernas, que semejan una formación de soldados gigantes, ante los que desfilan, indiferentes, las muchedumbres, sino que, por el contrario, cada casucha, cada iglesia, cada palacio está emplazado de tal modo que parece una flor silvestre, nacida en el lugar más adecuado a su especial naturaleza. Y esta floración arquitectónica es tan exuberante en monumentos y tan diversa en estilos, que bien demuestra al intelecto menos observador la variedad de razas que habitaron su recinto, en donde dejarían toda su alma y su espíritu, embalsamando el espacio con la compleja sedimentación secular de sus caracteres y psicologías.

Al primer paseo por Segovia es ya de admirar la sugestión que produce su inefable aroma de poesía, rememorador de los tiempos áureos de Jorge Manrique, el príncipe de los poetas antiguos, que habitó en ella. Todos los rincones de sus solitarias plazoletas —cuya acogedora paz y silente calma elogió el gran poeta Amado Nervo— hacen surgir a la vista ábsides y pórticos románicos, recintos carcomidos por la acción del tiempo, ruinas extáticas y escudos heráldicos denotadores de lueñes empresas afortunadas. La historia y la tradición han escrito una de sus más bellas páginas en sus angostas callejas, en sus palacios señoriales, en sus casuchas vetustas, en su castillo, en sus murallas y en sus templos. Segovia proclamó a la que sería la reina